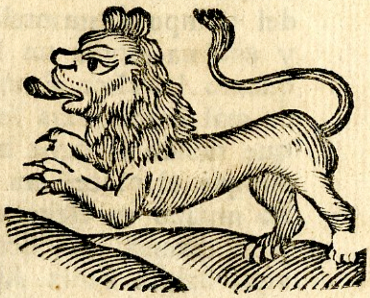

DE FENIX ALBA.

NUEVA RELACION, EN LA QUAL SE DECLARAN los maravillosos sucesos de esta noble Señora: dase cuenta, como habiéndola sacado de su casa con engaños un amante suyo, la llevó à un monte, en donde le dió de puñaladas. Refiérese la venganza que por ella tomó un leon; y el dichoso fin que tuvo la Señora.

HOy, señor, estame atento,
escucha en prosa arreglada
lo eminente de mi historia:
salí à caza una mañana
à divertir las tristezas
de la tempestad pasada,
porque siempre este manejo
al triste lo desenfada.
Hecho Adónis de mí mismo,
llegué à una espesa montaña,
tan opulenta en sus ramos
de pinos, robles y hayas,
que avecindan con el cielo
en concertadas esquadras;
y organizado mi celo
en la busca de la caza,
prevenia la escopeta
al compás de pronta bala:
hice alarde de buscar
el javalí que la asalta,
el corzo que sale huyendo,
el gamo que el monte salva,
la perdiz que con su vuelo
estremece el ayre en alas,
el timidillo gazapo,
que salta de mata en mata,
y todo animal silvestre,
que en sitio rústico se halla.
Y como iba divertido,
me hallé à muy poca distancia

en

en un torreon de peñas,
esmalte de sus montañas,
y repaté en lo eminente,
que toscamente labrada
estaba una cueba, ò puerta
del tiempo desmantelada,
y encima estaba un letrero,
quanto la vista alcanzaba,
de mal concertadas letras,
que siendo la peña basta,
aunque el pincel era diestro,
no matizó su elegancia;
pero entendí que decia:
aquí habita Fenix Alba,
la hermosa que en algun tiempo
fue de todos elogiada;
y un fiero leon ahora
le hace aquí triste compaña.
Y atendiendo yo à esto mismo,
sin otra alguna substancia,
animando el corazon,
y en la mano diestra el arma,
muy orgulloso me entré,
y encuentro à poca distancia
à aquella que al sol le tira
flechas con sus manos blancas.
Luego que vi tal belleza,
se quedó suspensa el alma,
y conociendo mi riesgo,
rompí como pude el habla,
y le dixe: qué desdicha
à tu luna puso en calma?
Ella quedó sin aliento,
así que vió mi arrogancia,
y con un ay me responde:
un gran peligro te aguarda;
vete por Dios, caballero,
que un leon fiero de Albania
es solo el dueño que tiene
jurisdiccion à esta casa,
y temo que si te coge,
átomos te harán sus garras.
Viendo pues yo este peligro,
puse el pie en confusa marcha:
luego que me vide fuera,
mi cuidado me ahogaba,
quando por entre unos ramos
oygo rugir: aquí basta
con decir que era un leon,
con la guedexa erizada,
con los alfanges en línea,
despedazando las ramas,
y hecho rey de su soberbia,
en mí la vista inclinaba,
duplicando su furor,
era un uracan sin alas.
Consideréme ya muerto
cadáver, pero con alma:
puse la escopeta al rostro,
el ojo en el punto cala,
y el dedo pronto en el muelle,
dió el pedernal su batalla,
y la cazoleta hizo
lugar que el fuego le entrara,
y la pólvora fue incendio
que al frio plomo alentaba,
y revuelto en humo denso,
fue mi fortuna tan rara,
que por la boca le hice
el corazon mil migajas.
Cayó aquel bruto à mis pies,
su braveza aniquilada:
alcé la vista à los cielos,
y à Dios le di muchas gracias.
Con el deseo de ver
la beldad de Fenix Alba,
entré con planta ligera,
y la vide reclinada
sobre un tapete de anea,
alfombra que el campo esmalta,

y

y con un sudor tan yerta,
que ni apenas respiraba.
Con mi tacto toqué el pulso,
y conocí que fue causa
el asombro del traquido,
ò del leon la arrogancia.
Ya del desmayo se alienta,
se incorpora, y asustada,
los ojos vertiendo perlas
en conchas de fino nácar,
me dixo: ya soy dichosa,
que tu valor me restaura,
pues te consideré muerto
à manos de la degracia.
Y yo en ver su rosicler,
la dixe: quién fue la causa
de que tan divino archivo
esté en ciudad tan villana?
Y ella dixo: caballero,
si nobleza te acompaña,
me has de conceder dos cosas,
que ambas à dos son muy llanas:
la primera, no saber,
mi orígen, reyno ni patria,
y la segunda à su tiempo
será de ti coronada;
y para saber mi historia,
mi sentimiento la habla.
Yo la dixe: bella Irene,
vengo à bien en tu demanda.
Y prosigue: has de saber,
que me llamo Fenix Alba,
la opulenta en hermosura,
y de muchos celebrada,
que quizá por ser así,
el hado cruel me maltrata.
Tuve muchos galanteos
de caballeros, que basta
con decir que eran espejos
del pundonor de mi patria.
Y como es razon de estado,
entre nobles estilada,
cifrando mi heroyco estilo,
un Duque me enamoraba,
para ser mi digno esposo;
y mis padres (qué desgracia!)
se opusieron contra mí,
diciendo que no igualaba.
Mas viendo yo que mi edad
de madura se pasaba,
me enamoré de un criado,
ayo de mi hermano: calla,
lengua que estás balbuciente,
y no descubras mis faltas;
pero para qué lo encubres,
si el dolor arde en las llamas?
Mas déxame que lo alabe,
que era un pimpollo en fragrancias;
un Séneca en discrecion,
y un Marte por su arrogancia,
pues solo à él se rindieron
de mi himeneo las alas.
Viendo este de que no era
igual à mi sangre hidalga,
me dixo (ay Dios!) si queria
irme con él à su patria.
Y yo como estaba ciega
de su bizarría y gala,
le di dosmil norabuenas,
y robé toda mi casa:
me traxe dos mil doblones,
sin las joyas de importancia,
que en pensarlo, cada dia
el corazon se me arranca.
Dispusimos el viage,
y con otro en su compaña,
en dos andaluces, hijos
del Betis, rio en España,
su valido llevó el oro,
y à mí mi amante à las ancas,

y

y salimos una noche,
antorcha que nos guiaba!
y como vientos deshechos
los caballos caminaban,
y llegamos à este sitio
à descansar (qué desgracia!)
Pero si hablo verdad,
tenia sangre villana,
à vista de la vileza
de su orígen ordenada,
que entre los dos dispusieron
de robar mi flor guardada,
y darme despues la muerte
(ingratitud bien tirana!)
y llevarse todo el oro,
dexando â obscuras la plata.
Viendo yo aqueste peligro,
en sollozos me anegaba;
pero mi cruel amante
tiranamente sacaba
un puñal, con que me dió
estas siete puñaladas,
que aquí patentes las miras
en mi pecho señaladas.
Envuelta en mi propia sangre,
entre suspiros y ansias,
justicia le pedí al cielo
de ingratitud tan tirana,
à tiempo que ese leon
estos montes paseaba,
y dolido à mis ternezas,
por mí tomó la demanda;
pues como sierpe furioso,
con un tiro en cada garra,
hecho pavon, los deshizo
en trozos, sin que bastara
la defensa natural
de un enemigo en campaña.
Este bruto entre cariños,
al estilo de su usanza,
me conduxo hácia esta cueba,
y con las dulces viandas,
que estos pirineos crian,
con ellas me regalaba,
y con su lengua amoroso
mis heridas me curaba,
trayéndome algunas yerbas
de noche, tarde y mañana,
y mascadas con su boca,
me servian de triaca;
y si la verdad confieso,
he sentido que mataras
al que tanto bien me ha hecho
seis años en mi compañía.
Esta es mi trágica historia,
de mi signo coronada;
pero ya, señor, es tiempo
de la segunda palabra,
y es que recojas el oro,
y en un monasterio hagas,
que sirviendo à Dios acabe,
y à este mundo satisfaga.
Y yo admirado la dixe:
eres exemplo entre quantas
hoy circunvalan el suelo,
y en las historias se hallan.
Recogiendo pues su oro,
llegamos à una cabaña
de unos humildes pastores,
y en la ciudad inmediata,
avisando al Provisor,
en las Mongitas Descalzas
la deposité, abrazando
su sayal, dándome gracias
por el favor recibido.
Quedó contenta y ufana,
y yo victorioso en ser
el que venció esta batalla,
me despedí, dando vuelta
otra vez para mi patria.

F I N.